

CAN MASDEU ANTE EL ESPEJO ¿LA CESIÓN COMO CATALIZADOR? *municipalismo, autonomía y estrategia*

Arnau M.V
Tardor 2018

El neoliberalismo no es sólo la imposición de ciertas políticas macro, sino también “el hecho de que se admita como natural una relación con el mundo basada en la idea según la cual cada uno tiene su vida”.

El poder es logístico y reside en las infraestructuras. No es de naturaleza representativa y personal, sino arquitectónica e impersonal. No es un teatro, sino una estructura de acero, un edificio de ladrillo, un canal, un algoritmo, un programa informático. El gobierno no reside en el gobierno, sino que está incorporado en los objetos y las infraestructuras que organizan nuestra vida cotidiana (y de los que dependemos completamente).

Amador-Fernandez Savater - Comité Invisible

Autonomía, contralogística y posibilismo radical

Se me hace difícil pensar el debate sobre la cesión de Can Masdeu analizando las ventajas e inconvenientes por sí mismas; solamente a la luz de lo que este paso puede implicar para nuestra autonomía puedo valorarlas, pero de que autonomía hablamos y para que la queremos?

Ya sea desde la preparación para un colapso futuro, ya sea desde la constatación de que de algún modo ya vivimos en él, la autonomía lo es en tanto que posibilidad de ejercer un poder contralogístico. En una época en que el poder se ha disuelto en las infraestructuras logísticas por las que fluye el dinero y la mercancía, disponer de territorios, saberes, intercambios y momentos autónomos constituye nuestra principal fuerza.

El valle de Can Masdeu cumple esta condición contralogística: es patrimonio habitado, expropiado y rehabilitado y es tierra agrícola sustraída al ciclo de desposesión metropolitana, con todo su saber agroecológico aparejado. Es también la autonomía política de sus dos asambleas y la puesta en práctica de una economía no-monetaria que, aunque parcial, se ha mostrado resiliente. A su vez -y eso es inseparable de lo anterior- es agregación contra soledad, aprendizaje de habilidades individuales, interpersonales, colectivas. En suma, aunque no seamos ni de lejos un espacio impermeable a la cultura dominante, si somos un nodo comunal sólido en la red difusa de luchas y fugas que alimentamos y nos alimenta.

Así, la gran pregunta es: esta autonomía será protegida e incluso potenciada por la legalización, o mas bien existe un riesgo de desnaturalización y neutralización?

No hay grandes verdades ideológicas, hay contextos... ¿cual es el nuestro? Barcelona asiste a un pulso muy desigual entre municipalismos -institucionales o no- y capital global desbocado. Un pulso lleno de posibilidades y contradicciones, pero en todo caso incapaz -por pura correlación de fuerzas- de modificar el corazón estructural del saqueo: vivienda, alimentación, transporte, trabajo, dinero, propiedad. Por eso, allí donde unos ven contrapoder ciudadano otros verán solo gestión y parcheo. Y allí donde unos perciben empoderamiento en los espacios comunitarios o en las cooperativas otros verán agregaciones inofensivas.

Lo que si sabemos al menos es que el municipalismo institucional puede ejercer de contrapeso a la privatización mercantil protegiendo o recuperando servicios públicos. Pero también sabemos que los impuestos para hacer todo ello provienen de un economía zombie cuya superación es nuestro objetivo. Por ello, y en la lógica de construcción de una autonomía postcapitalista que trascienda lo que hoy se entiende por servicio público, que papel juega el municipalismo institucional -más allá de la gestión socialdemócrata- en el acompañamiento de experiencias comunitarias, feministas, agroecológicas, decrecentistas?

Las respuestas de nuevo serán múltiples, pero en nuestro caso concreto nos podemos preguntar: ¿una cesión de Can Masdeu ensancharía el respeto normativo por la autogestión, favoreciendo un nuevo marco jurídico que profundice en los aspectos más rupturistas de la gestión comunitaria y pueda beneficiar otros proyectos? (*)

O si no tenemos mucha fe en ello ¿es al menos la cesión una manera inteligente de seguir operando en las rendijas del sistema para sobrevivir? Igual que en los primeros años de Can Masdeu supimos aprovechar las rendijas del aparato mediático y del aparato judicial -y nos salió bien- nos puede salir bien ahora con el aparato administrativo?

A mi entender, se trata de aprovechar la coyuntura estratégica de una sensibilidad municipalista favorable para redefinir las reglas del juego a nuestro favor, preparándonos así para tiempos más hostiles. Que aquello -poco- que aún queda de poder institucional público clásico juegue a nuestro favor frente a las delirantes y cada vez más profundas lógicas de valorización mercantil de todo lo que respira, legitimadas de forma antipática por los sucesivos chantajes securitarios o de forma más simpática -pero no menos dañina- por la gobernanza digital global.

Creo que la tarea de Can Masdeu ha sido, y debe seguir siendo, *inscribirse en ese posibilismo radical* que anida en los municipalismos, pero también seguir haciéndolo por fuera del marco institucional.

No se trata de ponernos de acuerdo sobre las virtudes o los defectos de una gobernanza de izquierda radical o de una nueva socialdemocracia menos estatista, se trata de creer apasionadamente en lo que nosotras hacemos y a partir de allí buscar los medios para protegerlo.

No se trata de que por dejar de ser okupas perdamos fuerza, es por haber okupado que tenemos la fuerza para dejar de serlo. No solo por haber sabido ejercer la expropiación popular, sino también por haber sabido sostenerla, algo más invisible pero aún más esencial. *No estamos pidiendo reconocimiento, estamos constatándolo.*

No se trata de modificar lo que somos, sino de modificar las condiciones del marco para poder ser. O dicho de otra forma, *no se trata de perder autonomía para asegurar el futuro, sino de blindar el futuro para proteger la autonomía.*

Vulnerables y potentes

Lo que está en discusión es una mirada estratégica a medio-largo plazo, pues aunque nuestra posición judicial sea vulnerable, es ciertamente poco probable que haya un desalojo en el corto plazo. Y por ello, es obvio que resulta algo abstracto y hay poca piel en el hecho de plantearse un movimiento defensivo cuando no se está viviendo bajo una amenaza inminente. Pero al mismo tiempo, también sabemos que el gobierno que algún día nos pueda venir a desalojar es también el gobierno que muy difícilmente estará dispuesto a promover un acuerdo como el que ahora está sobre la mesa.

Como en tantos otros actos de desobediencia, se trata de *asumir tanto nuestra vulnerabilidad como nuestra potencia*.

Nuestra potencia anida en la tangibilidad de nuestra propuesta, en nuestra legitimidad labrada y aún fértil; en la rica y diversa red de apoyos. Nuestra potencia está en todas las habilidades acumuladas, en todos los recursos colectivizados, pero también en las mentes abiertas por cada bifurcación en la que elegimos arriesgar.

No es casualidad que sobre la mesa esté la posibilidad de una cesión en condiciones favorables: acuerdo a largo plazo, derechos difíciles de revocar, respeto a los proyectos, no mercantilización ni alquiler, cooperativa de vivienda, etc... Hemos llegado aquí por nuestra fuerza (**)

En cuanto a la vulnerabilidad, anida en el hecho de hacernos mayores, y con ello, obligados a cuidar la energía para atender la diversidad de nuestros intereses y necesidades. La vulnerabilidad reside también en el hecho de vivir en un marco político y laboral cada vez más agresivo, vinculado a un declive energético que todas las series *on-line* del mundo no alcanzan a disimular.

Y por supuesto, la vulnerabilidad reside en nuestras debilidades organizativas colectivas, lo que acaba siendo inversamente proporcional a la búsqueda de salidas individuales y hasta individualistas. En buena medida, estamos viviendo la crisis de muchas comunidades, en las que con los años se apuesta cada vez más por los caminos individuales, no solamente por razones deseables y positivas, que las hay, sino también porque no existe confianza en asegurar el futuro de forma colectiva, sea por la desimplicación, sea por la incertidumbre, sea por la desmotivación. Es un pez que se muerde la cola en una pecera de contagios.

¿Qué cesión?

Por todo ello, no entiendo el debate como *cesión si o no*, sino como *cesión que refuerza o cesión que lastra*.

Una cesión que refuerza es aquella en la que el centro de nuestra economía siga siendo no-monetaria; y por lo tanto no puede implicar muchos gastos corrientes, más allá de la luz y el seguro. También debe ser una cesión en la que el respeto por la bioconstrucción, el centro social, los huertos comunitarios o la producción artesanal quede garantizada, o al menos no intervenida, y por lo tanto no regulada externamente ni burocratizada.

También es importante no entender la cesión solamente como un movimiento táctico defensivo.

De cara afuera, en el debate sobre el espacio urbano, hay que tener claro -y saberlo comunicar- que obtener una cesión en buenas condiciones es una nueva victoria sobre la dinámica de la desposesión urbana, esta vez en el terreno de la legalidad (***)

De cara adentro, la cesión puede ser un vehículo de cohesión, en cuanto que lleva aparejadas obras e inversiones a las que no nos oponemos conceptualmente, pero que no se están haciendo porque la energía está escorada hacia las apuestas individuales externas al proyecto. Es decir, ya hace unos años que las apuestas colectivas -como podrían ser dichas mejoras arquitectónicas- queda fuertemente condicionadas por la falta de horas, de energía y de visión común. Frente a esas derivas, la cesión puede servir para profundizar en nuestra experimentación postcapitalista, debido a la confianza de poder invertir a todos niveles y a largo plazo.

Porque *no se trata de la seguridad por la seguridad, sino de la seguridad como medio para avanzar*. De hecho, vivir en Can Masdeu por inercia, sin motivación profunda real de poner en

práctica formas de vida alternativas, me parece mayor peligro para el futuro del proyecto que obtener o no una cesión favorable.

Hay muchas cosas a mejorar en el valle, pero queremos ser nosotras quienes lo hagamos. Lo que sucede es que algunas de esas cosas contienen una perspectiva a medio-largo plazo. Y no tener seguridad en el futuro no ayuda demasiado cuando un grupo se plantea comprar placas solares o profundizar en su economía colectiva.

Ya hace años que la acción directa no es nuestra principal apuesta, sea por la represión, sea por la edad, sea por la evolución de nuestros intereses. Pero el conflicto y la fuga los seguimos asumiendo en muchos otros ámbitos, no solo en el activismo del PIC y el apoyo mútuo en la rotación del Rurbar con luchas de toda la ciudad, sino en la práctica cotidiana en campos tan diversos y a su vez tan conectados como la energía, el género, la alimentación, la sexualidad, el transporte, la tecnología o el consumo. Sin ello, perdemos el sentido de existir. De hecho, siento que solo volcándonos en la profundización de esta experiencia colectiva -desde la amistad y más allá- tiene sentido seguir juntos.

Es evidente que la continuidad y la maduración de dicho proyecto postcapitalista va mucho más allá de su status legal y depende de diversos factores, pero la hipótesis es que una cesión en buenas condiciones -y solamente en ese caso- la puede facilitar.

La vida en común hasta la vejez -en la vivienda o en los huertos- vivida en un territorio autónomo y en un valle siempre abierto y enredado ¿no es ese un horizonte deseable?

(*) También existe la hipótesis contraria, que dice que las legalizaciones ayudan a dividir entre okupas buenos y malos, facilitando el desalojo de los segundos. Sin embargo, tres décadas de okupaciones sin apenas legalizaciones no han impedido un desalojo tras otro ni las narrativas que los han legitimado, por lo que estoy convencido que la lógica del desalojo opera por sí misma y lo va a seguir haciendo, independientemente de que se legalicen o no algunas casas. Tampoco hay nada que nos impida apoyar desde dichos lugares legalizados nuevas okupaciones que puedan estar en peligro en el futuro. La diversidad de tácticas -cuando han sabido coordinarse entre ellas -siempre ha sido un factor importante de victoria en nuestras luchas, como se ha visto en Praga, en Sants o en la ZAD.

(**) Tampoco es casualidad que el Ayuntamiento esté implicado, aunque la propiedad del valle sea de la fundación privada del Hospital de Sant Pau, ya que en dicha fundación tiene más peso el sector público que el sector privado.

(***) Sin olvidar que lograr dicho acuerdo no clausura el conflicto ni nos coloca en una cajita blindada por los siglos de los siglos. El conflicto puede continuar -bajo otras formas- si un gobierno quiere meter mano en lo que hacemos o Can Masdeu es asociado a algún montaje policial. Otra razón pues para vivir esta posible cesión como una victoria popular y mantener vivas nuestras redes.